



TRENES

Santiago Aizarna

En el Jurásico estaban los dinosaurios pero mi memoria recuerda que estaban, también, unos cuantos trenes...

Con algunos de ellos la memoria se me vuelve tierna y nostálgica, tal como por ejemplo con el "tren txikito", el del Bidasoa, llamado también "el expreso de Shanghai" por haberse estrenado en el tiempo en que lo conocí una película de ese título. Era un tren compendio de la vida bidasotarra y de la barojiana por igual ya que ambas coincidían en múltiples aspectos.

No puedo por menos de dedicarle mi más sentido recuerdo al hablar de trenes porque, para mí, es el tren de las nostalgias abrumadoras, ése en el que leí la primera novela que había sido comprada, momentos antes, en el quiosco de la estación del "topo" del aún requemado Irún de la posguerra. Puedo recordar aquel momento glorioso de exaltación lectora mientras el trenecito iba rodando, más bordando que bordeando las curvas, un prado y otro y otro tendidos a secar a su paso, el sol tamizado por entre las ramas de los árboles, la carreta de gitanos a la vera del río en cualquiera de sus remansos.

Acaso sea culpa de mi memoria, tan indespegable de la marcha de este trenecito por tierras del meándrico Bidasoa, que me haya demorado en su elogio que es también, y sincrónicamente, una elegía puesto que gran parte de lo que recuerdo ya murió, tierras, ríos, peces, aves y hombres tan entrañados desde la memoria hasta el corazón que se nos quedan como estigmatizados mientras rememoramos, en un revival barojiano, el paso gentil de la Pamposha, escuchamos las doctas advertencias de Jaun de Alzate, sentimos la sombra protectora y llena de magias blancas del Larrún frente a los aquelárricos rezumos de Zugarramurdi, oímos el grito como borbotón lúdico de Lecochandegui, el Jovial y podemos oír -¿o soñar acaso?- el paso quedo de los contrabandistas con Martín Zalacaín, el aventurero sobrino del viejo

cínico Tellagorri, el de las tres rosas -negra, la una; roja, la otra; blanca, la tercera- sobre su romántica tumba en el encantador cementerio, mimoso y mimado, de Zaro, mientras que el trenecito, en su versión de locomotora-chocolatera o de automotor, va comiéndose leyendas en su paso fatigoso, rumia tradiciones de magias que viven en la sombra augusta de un verdor pánico, dos horas y más fragmentos de hora para allegarse a su final en el medio centenar de kilómetros de su lujurioso recorrido, un vagón de tren convertido en taberna o plaza mayor de pueblo en donde todo se convierte en mentidero de los lugares que atraviesa, que cuenta Pillipo, el "arotza" de Sunbilla, la recogida más allá de su puente de los suspiros sobre el río que la besa, de cómo vió a las lamias bañándose en sus aguas aquella noche de luna en la que también vió a la Joshepa volando por los aires en su escoba; que narra Permiñ, el "igeltsero" de Lesaka, la noble y señorial, de cómo diezmó, desde su puesto palomero, una de esas bandadas que trazan arabescos en el aire regido por el "egoiaze" caluroso; que ya saben todos que el "maizterra" de Errenkanborda, cogió el primer salmón de la temporada, ese "izokin" plateado al que tantas ganas le tenía por haberle soñado tan de recio y realista en sus noches de delirios piscícolas. En el vagón del trenecito rodaban al mismo sonsonete apagado de las ruedas casi neumáticas, los ecos de historias aventureras y galantes y pudo escucharse, acaso, contado por la Martina en bisbiseo casi inaudible a su amiga, la Iñasi, de cómo el vientre de la Maddalen quedó grávido de haber asistido a la reunión de Zugarramurdi donde el akerra impone sus derechos de pernada, y a mi vieja memoria no se le hace imposible ver al mismísimo cura Gorriburu afirmando, totalmente convencido, de que fue en esta misma tierra, bañada por este mismo río, donde estuvo el mítico Paraíso Terrenal descrito por el Génesis...

Podía soñarse en eróticos pasajes o en épicas aventuras mientras recorría el trenecito su viaje encantado por la muga erizada de guardias carabineras, gélidas mañanas que parecían como si fuera rompiendo neblinas heladas o atardeceres mágicos que prometían oscuras noches de misterio, pero el recuerdo, para mí imborrable, de este tren único, no puede hacer que me olvide de otros muchos trenes, soñados o reales que lo mismo da, trenes ululantes en las noches malditas, en las que no se sabe qué pajarero agorero batió sus alas sobre nuestros sueños y nos dejó pegajosos de miseria, trémulos en un baile de San Vito pertinaz, ateridos en el filo de esa orfandad total en el que el cielo y la tierra se confunden para ofrecernos la puerta abierta del infierno; trenes veloces como un desfile de ánimas en huida, que se les ve y se les deja de ver en un lampo fugaz, algo como un fognazo eléctrico que, sin embargo,



nos dejó ennegrecidos, con la sensibilidad escalando quién sabe si las lomas de la locura; trenes fuliginosos que solamente nos dejaron el brillo de su vértigo, una tan alta velocidad que hasta pudiera competir con la de nuestra imaginación y pensamiento; trenes pausados también, trenes lánguidos, como moviéndose al compás de una música siruposa que nos meciera en ensoñaciones... Cualquiera puede oír, sin haberlos visto nunca, los trenes de la ignominia con su carga de cadáveres insectos destinados a los campos de la muerte; puede sentirse triturado por el hierro de las ruedas que machacaron la carne gloriosa de Ana Karenina, o sentirnos viajeros todos en ese “tren a F.: “ que, de sus magi- nes teatrales se sacó mi amigo Bellido. Me quedaría aún, dedicarles mi más cálido recuerdo a algunos otros trenes próximos pero ya desaparecidos como el de Plazaola o el del Urola, con buenas rememoraciones también en mi memoria, pero, por hoy, básteme con citarlos...

Pero de entre tantos de estos innumerables trenes, hay algunos que guardan relación muy estrecha con “mi” Errenteriyá, la Errenteriyá que yo conocí a través de la Historia o de la realidad, colocado sea en el primero de los tramos ese tren del Norte a cuyo tendido le dedica el vate local Xenpelar unos versos por todos recordados, versos que espontáneamente, adquieren un cierto tinte de xenofobia al satirizar, como sólo él sabía hacerlo, a los musius que trabajaron en su trazado, supongo yo que la mayoría colocando traviesas. Canta el del caserío Xenpelar la contradictoria idea de estos franceses obreros en versos que se visten de ese gozoso unto pegadizo que es característica acusada de todos los rezumos de su númeren:

“Prantzesaren ideak
beti aldrebes,
gaur lau baldin badira
biyar baterez;
aragiya len eltzian,
belar billa baratzian,
kardaberak jate”ituzte
dirubak aitzian.”

pero que, al llegar al episodio aquel en el que uno de estos musius se cae al pozo:

“lengo egun batian
zan komeriyá;
bat putzura erorita,
ito zan iyá;”

que no nos describe el vate de qué pozo se trata, que haciendo memoria uno de pozos renterianos pudiera darle otro repaso a la historia local, pero que, volviendo a Xenpelar y a sus versos irónicos, es preciso parar nuestra atención en el hecho de que Antonio se apresta a sacarle al francés de su comprometida situación,

“Antoniok izandu du
ateratzen lana”

que viene ahora el alegato xenófobo de Lonjinos, que aboga taxativamente, por dejar ahogar al caído en el pozo,

“Lonjinos”ek au ziyon:
-Ez juan billa;
prantzesa baldin bada
ito dedilla!”

enredadera xenófoba digo que alguna mente aviesa pudiera enlazar, en alambicadas maneras es cierto, con

aquellos otros trenes de la inmigración que la posguerra vió multiplicarse, opacos trenes llenos de gentes acicateadas por la necesidad y que paraban en Rentería a todas las horas del día con sus cargas de ilusiones y de proyectos, de gentes que, como siempre ocurre también, tampoco se libraron de algunos crueles epítetos, que ya se sabe que siempre ha habido y habrá mentes inmaduras que tienen a la burla como único recurso de su miserable existencia. De las persistencias de estos trenes y de sus traslados humanos puede seguir hablando, todavía, aquel número especial que la revista OARSO les dedicó y que supuso uno de sus logros más importantes como comunicación del vivir renteriano de esos momentos.

Por el recordatorio trenístico me quedarían aún, por reseñar al “topo”, tren eminentemente renteriano en lo que a mí concierne, con su estación señera que fue Grand Station siempre en la memoria de mis muchos viajes que en él hice, de cuando los arduos y aventureros tiempos en que se nos quedaba parado en cualquier lugar del recorrido (más de una vez hasta en el gran túnel de Loyola a Herrera) por falta de fluido eléctrico por carencias que todos conocimos, tren topo donde también seguí leyendo novela tras novela que, al parecer, era mi sino, y al que no puedo por menos de ofrecer, con caluroso afecto, mi evocación más gozosa.

Y me queda aún por reseñar, como para rematar esta breve incursión en la vieja memoria de raíles y traviesas, de cortos pero tan largos viajes por las vías de los sueños, a un trenecillo casi desconocido, algo como un pequeño tren de juguete, el que iba de Arditurri a Capuchinos con su carga de mineral, que decían algunos que con algo de plata que los romanos no se pudieron llevar del horadado monte oyarzuarra, pero que, en realidad, no era seguramente nada más que material de plomo, pero también material de sueños, material de juegos y de juguetes, vagones que hurtábamos en tardes de domingo de la estación de Alcibar y los hacíamos correr, desnudos de todo menos de fantasía, por los poblados caminos de nuestra infancia.

